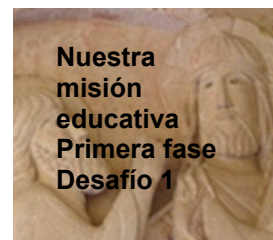


APRESURÉMONOS A RECORRER CAMINOS DE FE

Higinio Pi, SJ¹



El título número uno, de la letra C, del Documento “Desafíos a la misión educativa de la Compañía de María”, que se titula “apresurémonos a recorrer caminos de fe”, invita a realizar una reflexión, más bien personal y comunitaria, sobre el sentido que tiene hoy en día esta llamada urgente, que puede ser provocativa y llevar a la movilización en lo personal y en lo comunitario de la vida religiosa. Es una invitación activa y dirigida a todos, por tanto debe ser entendida como tensión que mueve y anima a salir del propio lugar de la misma manera que fue invitado y provocado por Dios Abrahán. “El Señor dijo a Abrán: Sal de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, y vete a la tierra que yo te indicaré” (Gen 12, 1). Fue llamado para atreverse a salir de su lugar conocido y estable, donde había realizado su historia, donde tenía sus posesiones y su raigambre. Fue invitado por Dios a actualizar y reactivar su propia fe, llamado a dejarse hacer por el Señor en el camino incierto que comenzó y, en el mismo momento, definitivamente convocado a fiarse de Dios. Esta es la invitación a nuestros propios caminos de fe, recorridos cotidianamente en la historia personal e institucional de cada uno. Salir del lugar estable y conocido para fiarnos de nuevas llamadas de Dios a recrear nuestra experiencia y vivencia de fe.

Es significativo que un “Desafío a la Misión” sea una acción dinámica, constructiva y que incita a apresurarse, es decir, a no quedarse parados sino a ser activos. Una actividad, sin embargo, que orienta hacia la dimensión de la propia experiencia de fe que cada uno tiene. Y en el título “apresurémonos a recorrer caminos de fe” percibo un deseo, a mi manera de ver, un deseo de entender la misión como urgencia y no como pasividad, como activa y no sólo contemplativa. También a reflexionar sobre este apresurarse, sobre lo que significa recorrer, sobre los caminos y sus intrincados laberintos y, por supuesto, sobre la propia fe que nos demanda preguntarnos constantemente sobre cómo nos apresuramos, por qué caminos transitamos y cómo los transitamos.

En definitiva, una invitación a cultivar el deseo de Dios, que nos provoca y nos seduce a salir de nuestra tierra, de nuestra seguridad, de los caminos trillados y conocidos para confiarnos en Él y en la tierra que nos indicará.

1.- APRESURÉMONOS.

Apresurémonos y tengamos una cierta prisa. No todo está hecho. Es la propia fe la que anima y exige, de alguna manera, esta urgencia y cierta prisa, a correr en una dirección que se nos muestra como apremiante. Estamos convencidos que es necesario, porque nuestro mundo y nuestros hermanos lo necesitan, lo quieren y lo demandan. La contemplación de la Encarnación de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio nos conecta con esta decidida acción de Dios, sentida profundamente ante la mirada del mundo y, que vuelve acuciante la respuesta de la “Trinidad”.

Vayamos prestos a recorrer estos caminos que nos ofrece el Señor, porque hoy sin duda, se necesita con urgencia una salida de nuestros modos más clásicos y tradicionales de entender la vida religiosa. Porque los modelos que nos han constituido y construido durante estos últimos años, parecen caer en la caducidad y la irrelevancia. Esta urgencia anima a salir de nuestras propias realidades para, con toda prontitud, buscar decididamente otras realidades y estructuras. No es una tarea que pueda y deba dilatarse en el tiempo, como esperando a mejores condiciones, respondamos con fuerza a esta tarea que se nos convoca.

¹ Coordinador del Apostolado Social de la Provincia de Castilla. España.

Apresurarse es una disposición que hay que cultivar, y como toda disposición religiosa tiene la doble vertiente de la provocación y de la petición. Provoca porque desinstala, y demanda una respuesta, que no solo es personal, sino que también es un reto institucional. Es petición, porque solo desde la disposición del que pide, del que pide porque se siente débil y frágil delante de Dios, se puede entender a la propia fe como dinamizadora, como la que invita y llama con urgencia. Sin esta experiencia de fe, sería una acción anclada en el voluntarismo personal e institucional. Apresurarnos, nos tiene que conectar con la fuerza que mueve y que convoca. Nos conecta con la experiencia del propio Señor que invita y llama, que convoca y que incita, que es experiencia fundante.

La imagen bíblica que podemos contemplar en este momento es a María subiendo hacia la casa de su prima Isabel de una manera apresurada. “Por aquellos días, María se puso en camino y se fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá” (Lc 1, 39). Inmediatamente que María descubre y experimenta que Dios la ha elegido, percibe la realidad de necesidad de su prima Isabel. El propio encuentro marca la necesidad y la orientación, es decir, el lugar apropiado, la dirección que debemos seguir. El encuentro y la respuesta son el lugar privilegiado para el discernimiento de los caminos que se van a recorrer tanto personalmente como institucionalmente.

En nuestro mundo no se entiende normalmente la prisa como urgencia del propio Dios. La prisa se comprende y se vive como estado natural como fuga, vivimos huyendo del otro y evitamos el encuentro. María va al encuentro de la necesidad, a hacerse útil y a servir. Acude a una atención más delicada. Apresuradamente entreguemos y regalemos nuestro tiempo.

También nos ayuda a comprender la relación que podemos tener con el mundo y como situarnos delante de él. Nos invita a la profecía frente al retraso. Al presentimiento frente al resentimiento. Al anuncio sorprendente frente a la amonestación moralista.

2.- EL RECORRIDO

Recorrido nos sugiere que no hay que saltarse etapas, que no hay que pasar por encima de los lugares, que no hay que sobrevolar el camino en el que estamos. Muchas invitaciones de nuestro tiempo, y sobre todo en la Educación y en la sociedad, invitan y animan a no respetar procesos, a no profundizar en las instituciones, en las personas, en las vidas, en las historias... Invita a establecerse en juicios previos, superficiales, ya previstos, sin dejarnos sorprender por la novedad propia, la novedad de Dios y de las personas. La invitación apresurada no tiene nada que ver con la prisa de paso, sino con la profundidad. No tiene nada que ver con la longitud de lo recorrido, sino con la manera apropiada, paso a paso, a su tiempo.

Recorrer un camino es conocerlo y reconocerlo, saber de todos sus lugares, de sus sombras que refrescan, de las fuentes donde se puede beber, de los lugares de descanso donde se puede compartir, de pueblos con los que se puede vivir. También nos habla de conocer sus dificultades y pedregales, de cuando es polvoriento o empinado, de donde es nítido y donde se pierde en la lejanía.

El recorrido lo hace uno, no deja que lo hagan otros, no se recorre en autobús, ni en coche, se hace andando junto con otros, lo hace uno mismo. Es la imagen del Peregrino que recorre los caminos en la dirección de un lugar de fe y de peregrinación. Y encuentra en el propio camino la fe. Porque está lleno de encuentros, de lugares y de personas que le constituyen y le van construyendo en su propia fe.

El recorrido invita a preguntarnos cómo lo recorreremos, dónde creemos y pensamos que es más productivo apostólicamente. Nos pregunta por los tiempos que dedicamos y cómo los dedicamos a las personas y a los encuentros. Nos pregunta por la necesidad de las prisas apostólicas, de hacer mucho, de llenar agendas y trabajos, en el fondo de llenar la vida religiosa de haceres y ocupaciones, cuando una sola cosa es importante.

En el recorrido de Jesús hay tiempo para el encuentro, para la fiesta y el banquete, para pararse a curar y a hablar, para la Samaritana, y el Samaritano, para el hijo de la viuda, para la cananea... para todos, y Jesús se para delante de cada uno, para que reciba su palabra, palabra personal y propia, palabra que responde a la realidad de cada uno.

El modo de recorrer nos hace preguntas por la pausa y el tiempo, de nuestra vida apostólica. No cuestiona sobre lo que realmente consideramos importante, por el modo de entender la eficacia. Nos anima a recorrer nuestros caminos basándonos en la calidad del encuentro y no en la prisa eficaz, que nos lleva a la mirada superficial. El modo de recorrer el camino, está gritando quién es la persona que nos envía. Del mismo modo que dice claramente a qué nos envía.

Contemplar a Jesús dialogando con la mujer Samaritana ayuda a clarificar la calidad de nuestros encuentros. La Samaritana va a por agua y encuentra vida, agua viva. Nuestros encuentros diarios también pueden dejarse seducir por este encuentro. Escuchamos demandas todos los días, no está tan claro que puedan decir de nosotros como dijeron en su tiempo de la mujer Samaritana: “no creemos en él por lo que tú nos dijiste, sino porque nosotros mismos le hemos oído y estamos convencidos de que él es verdaderamente el Salvado del Mundo (Jn 4, 42).

3.- Los caminos

Los caminos no son solitarios, aunque el camino se haga personal e institucionalmente solos, no se va solo. Porque hay que desear que otros vayan junto a nosotros, otras personas y otras instituciones.

Los caminos de fe son caminos compartidos con otros que también recorren sus propios caminos. Y por tanto tenemos que preguntarnos quién camina junto a nosotros, quiénes son los que comparten nuestra fe. También si estos encuentros nos enriquecen. Por el valor que damos a esta compañía.

¿Estamos dispuestos a caminar y compartir este camino de fe?:

- junto con los que sufren y viven en los bordes del camino. Junto con los que no cuentan para la sociedad, con los débiles, frágiles e injustamente tratados. No sólo para acompañar al que sufre en el camino, sino para compartir y vivir con ellos su propia fe y la nuestra. Es una invitación a dejarnos acompañar y sobre todo a querer ser acompañados por los que más sufren.
- junto con los que creen y tienen una fe diferente. El camino nos lleva a dialogar con los que creen de una manera diferente a nosotros, pero también a los que rezan a un Dios con otro nombre. El camino nos va abriendo a este dialogo religioso con otros y junto a otros. Un dialogo que no nos deja indiferentes, porque nos deja profundas preguntas, a veces inquietantes, pero que construye, fortalece y dinamiza la propia fe.
- Junto con los que viven sin fe. Tenemos que caminar con los que viven sin fe, con muchos hombres y mujeres que caminan junto a nosotros ocupados en mil cosas y atrapados en otras mil cosas. Unas veces desorientados, otras veces indiferentes y otras en búsqueda.

La Imagen bíblica que podemos contemplar sitúa a Jesús en los caminos de Galilea y en las aldeas predicando y curando a tanta gente con la que se encontraba y a tanta multitud que acudía a escucharle. Contemplar a Jesús en el camino, transitando en medio de las gentes, de sus vidas, sin establecerse en ninguna de las ciudades y aldeas sino buscando y encontrándose con las ovejas perdidas de Israel. Acompañado por todos: por los que tienen necesidad, los que buscan novedad, los que tienen curiosidad, los indiferentes y los que quieren pillarle en un renuncio. Junto con ellos, los seducidos por su persona y por

el Reino. Nosotros también vamos en estos grupos, deseando formar parte de los seducidos por Jesús.

4.- SOBRE NUESTRA FE.

No podemos entender nuestra propia fe en un sentido unívoco y único. Vivimos en medio de una realidad donde la fe es comprendida y manifestada de muy diversas formas, maneras y expresiones. En definitiva, es la experiencia del camino recorrido junto con otros que viven una fe distinta. Estamos también invitados, por estas experiencias diversas que nos rodean, a entenderla como experiencia personal, aislada de sus contextos, o a considerarla desde un gnosticismo moderno. Expresiones de fe como lugares íntimos de interioridad, sin vínculos, sin manifestación, sin anuncio, sin participar de la vida. Muchas veces sin compromiso. En estos lugares, y en otros muchos, de hoy en día, se recorren caminos de fe. El encuentro con otras vivencias es seductor y desequilibra. Estamos urgidos a recorrer caminos de fe enfrentados y tentados desde otros lugares. En esta nueva realidad que se abre paso en el camino descubrimos la necesidad imperiosa de vivir nuestra fe enraizados en el Señor, con la misma fuerza que vivió Abraham al salir de su tierra.

Nos plantean, ineludiblemente preguntas sobre la vivencia de la propia fe. Pero también, y con enorme fuerza, a plantearnos qué fe queremos vivir. No podemos olvidar que nosotros también hemos recorrido caminos intimistas, alejadas de la realidad, como si estuvieran alejadas de un Dios vivo que da sentido y fundamento.

En este momento la urgencia nos dirige a recuperar las fuentes vivas de fe: personales e institucionales. Esta es la invitación: recuperar el origen de la fuerza que da sentido a la llamada. El camino recorrido, durante tanto tiempo, nos hace constantemente una pregunta: ¿por qué?Cuál es la razón de habernos puesto en el camino, de estar en marcha, de querer recorrer estos caminos de fe. Y esta pregunta insistente nos lleva a la primera llamada y originaria. Es una invitación a la renovación, a la consolidación y a la respuesta creativa y confiada para seguir recorriendo nuevos “caminos de fe”.

Este atrevimiento a recorrer “caminos de fe” tiene fundamento y tiene promesa. Fundamento y promesa es la misma experiencia que se alimentan mutuamente. Son las que dan fuerza y luz, ánimo y esperanza en todo momento. Caminar sin tener siempre presente el fundamento y la promesa nos deja fuera de los caminos, porque perderemos el sentido y crearemos que es más importante pararse en un sitio a esperar, a considerar que todo está conseguido o que hemos llegado al final del camino. Fundamentados en la invitación provocadora de Dios y en la fe en la promesa del mismo Señor nos podemos adentrar en los vaivenes y en los recodos que todo caminar trae, porque son los lugares privilegiados e insustituibles de este camino de fe que estamos recorriendo.

Conviene recordar esta imagen del libro del Génesis que hace alusión a los ritmos distintos de cada uno en el mismo camino. El diálogo de Jacob y Esaú plantea un tiempo necesario para ir acompañados al ritmo de niños y ganado. Mientras que Esaú corre, Jacob pide tiempo para cuidar, para ir más despacio atendiendo a las necesidades de otros. Vamos en el mismo camino, pero no se puede exigir el mismo ritmo a todos, porque cada uno tiene sus rebaños encomendados y sus niños. Y todos tienen que llegar al mismo lugar al que se adelantó Esaú. Unos delante, otros detrás, unos a un ritmo y otros en otro es la imagen del camino comunitario que acompaña todos los ritmos, porque todos son necesarios. Ni Esaú, ni Jacob se paran, tienen claro hacia donde ir pero para poder seguir juntos cada uno está avanzando de una manera, porque no olvidemos que todos estamos llamados y convocados en ese mismo camino.

“Dijo Jacob: Mi señor sabe que los niños son de tierna edad y que traigo ovejas criando; si las fuerzo a caminar, en un solo día morirá todo el rebaño. Yaya, pues, mi señor delante de sus siervo y yo iré poco a poco, al paso de las ovejas que llevo delante de mí y al paso de los niños, hasta alcanzar a mi señor en Seir.”(Gen 33, 13-14). Vayamos todos juntos presurosamente a recorrer los caminos que nos lleva a Seir.

A MODO DE RESUMEN

Cuando voy a mandar este documento por mail, me encuentro en medio de la situación que están viviendo los inmigrantes, mal llamados “subsaharianos” en Marruecos, después de los problemas ocurridos en la frontera Sur de Europa (Ceuta y Melilla). No pude abstraerme del recuerdo del tiempo vivido en una de estas ciudades del norte de África hace unos años. Iban llegando en pequeños grupos según atravesaban las fronteras, las vallas y los límites. Entre ellos miembros de dos religiones aparentemente muy distintas y enfrentadas entre si: cristianos y musulmanes. Los grupos de cristianos al llegar, con frecuencia, rezaban y cantaban salmos de agradecimiento a Dios, después de años de recorrido por caminos de dolor y sufrimiento su fe se había fortalecido en el encuentro con muchos otros en los caminos, viendo, padeciendo y conociendo el dolor y sufrimiento de tantos compañeros y la muerte de muchos de ellos. Su vivencia de fe era clara: Dios les acompañaba en la vida y en la muerte. Al llegar, su fe se había fortalecido, también al encontrarse acompañados por otros que no conocían antes de la partida de su tierra. Los musulmanes pedían saber inmediatamente en que dirección se encontraba la Meca. Y rezaban, rezaban juntos hacia donde habían rezado todo el camino, rodeados de otros muchos que rezaban en la misma dirección. Dos experiencias de fe vividas en los caminos de la vida. Ojala, nuestros caminos, fortalezcan nuestra fe, como quedó fortalecida la de tantos de nuestros hermanos.